

Silvia T. Hernández
Godoy
María del Carmen
Godoy Guerra

*El pensamiento
científico decimonónico
y los estudios
arqueológicos en la isla
de Cuba*

Introducción

La historia de la arqueología cubana ha sido tratada por numerosos autores, algunos de forma profunda, otros someramente, como antecedente inmediato a la presentación de sus trabajos de investigación. En relación con el siglo XIX se conoce de forma general quiénes fueron los iniciadores de las actividades arqueológicas en la Isla y las características de su quehacer. En cambio, en pocas ocasiones se ha analizado esta labor vinculando a la vida de las sociedades científicas vigentes en esta centuria y los aportes e interrelación de la arqueología con la historia e historiografía aborígenes. En el presente trabajo se reseñan estos aspectos.

Génesis del pensamiento científico decimonónico y los estudios arqueológicos en la Isla de Cuba

El siglo XIX fue escenario de un importante cambio en la mentalidad científica del mundo, influenciado por la obra del científico inglés Charles Darwin (1809-1859), *El origen de las especies*, que expuso la transformación de las especies vivas, a fin de fundamentar una teoría moderna de la evolución biológica.

Desde el siglo XVIII las sistemáticas expediciones científicas organizadas a territorios desconocidos habían establecido un banco de datos sobre los hombres, sus costumbres, así como la flora y la fauna. La reflexión sobre el hecho humano tenía un alcance limitado dada la influencia de las concepciones creacionistas y la inexistencia de otra hipótesis que permitiese

arribar a nuevos criterios generales concluyentes. El problema encontró una primera solución con el desarrollo de las tesis evolucionistas que penetraron en los más disímiles campos de la ciencia. La geología y la astronomía, entre otras disciplinas, fueron partícipes de esta noción, así como la naciente antropología. Al tiempo que se iniciaron estudios antropológicos sobre grupos autóctonos vivos, se efectuaron descubrimientos arqueológicos, los cuales potenciaron un análisis del registro material a través de la organización de los datos sobre un criterio tecnológico, que implicó la idea de la evolución en su estructura. El XIX fue entonces escenario de numerosas clasificaciones del devenir humano, hecho que reafirmaba las tesis evolucionistas. La concepción aristotélica de lo inmóvil y estático quedaba deshecha.

La nueva visión sobre el devenir humano hizo que la atención hacia su desarrollo histórico fuera una preocupación para el mundo científico y al efecto se crearon cátedras y asociaciones que confirmaron la existencia de la disciplina antropológica y se inserta en ella la arqueología. A fines de esta centuria se crearon las Sociedades Antropológicas de Madrid (1865), Nueva York (1865), Berlín (1869), Italia (1871), París (1859) e Inglaterra (1863).

El hecho de que la arqueología fuera parte integrante de la antropología estaba condicionado por el primigenio avance científico de ambas disciplinas. En el siglo XX emergerían como ciencias autónomas y específicas.

Al igual que lo acontecido en Europa y las Américas, en Cuba el incentivo por saber y distinguir los "misterios" del pasado y el origen de todo lo palpable en la naturaleza, se manifestó desde fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX. El avance de las nuevas ideas científicas establecieron las pautas a seguir por los miembros de las sociedades científicas que se fundaron durante esta época. Estas ideas se basaban en los postulados evolucionistas que sobre la observación y experimentación irrumpieron en la enseñanza cubana y dieron al traste con el escolasticismo de la época. Este proceso de ruptura fue favorecido en la isla desde fines del siglo XVIII por el auge de la economía de plantación, al necesitar del progreso y conocimiento de las ciencias naturales y de la mecánica.

La animación intelectual de una clase que en pocas décadas se hizo muy rica, las necesidades técnicas de la producción, la

penetración en el conocimiento de la tierra y sus cultivos, etc., constituyeron cuestiones que no podían resolverse en el contexto de la escolástica tradicional. Imperativos económicos forzaban a una subversión de los patrones intelectuales del XVIII, pero en Cuba este rompimiento significó, además, el surgimiento de una cultura nacional con grandes implicaciones en los destinos posteriores del país. (Ricardo Segre: 2000, 119)

El positivismo cubano se nutrió de seguidores procedentes de campos disímiles. Estos pensadores y científicos, con la excepción de Enrique José Varona (1849-1933), no fueron filósofos en el sentido pleno del término. Todos manifestaban su afán por descubrir en los datos, en los hechos, en lo positivo, el criterio de la verdad. Hicieron suya la teoría evolucionista unilineal de Darwin, la que asumieron como concepción general del mundo, abarcando todas las esferas de la realidad. El meteorólogo Andrés Poey (1826-1919), como se verá más adelante, fue representante de estos postulados. En sus trabajos de carácter científico no filosófico, recomendaba, en el proceso del conocimiento, partir de los datos aislados, con cuatro medios específicos: observación, experimentación, comparación y filiación histórica. (Guadarrama González: 1982)

En este contexto de cambio surge la Sociedad Económica Amigos del País (SEAP), fundada en 1793, y más tardíamente la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y la Sociedad Antropológica de Cuba (SAC).

En la SEAP se agruparon los sectores interesados en derribar los esquemas escolásticos¹ y abrir nuevos caminos al conocimiento. También se promovió desde este foro el interés por los temas históricos, a través de los comisionados de esta sección, a la vez dicha corporación auspició varias de sus publicaciones. Por su parte, la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Natura-

¹ Algunos de los hechos que marcaron la ruptura con la escolástica fueron la fundación del Seminario de San Carlos y San Ambrosio, en 1774, que incorporó la enseñanza de la física experimental y exigió a los maestros no absolutizar las opiniones de ningún autor, la creación del *Papel Periódico de La Habana* (1790) y el Real Consulado (1795). Tres de los máximos exponentes de las reformas en la enseñanza y la cultura fueron José Agustín Caballero (1762-1835), Félix Varela (1787-1853) y José de la Luz y Caballero (1800-1862). Al respecto profundizar en el texto de Eduardo Torres Cuevas y Oscar Loyola. *Historia de Cuba*, La Habana, 2002.

les de La Habana se creó el 19 de mayo de 1861.² Este fue un proyecto iniciado por la comunidad médica cubana desde la tercera década del siglo XIX. Su principal gestor fue el Dr. Nicolás José Gutiérrez Hernández (1800-1890), quien junto al naturalista Felipe Poey (1799-1891) participó en la fundación de esta institución. Se debe a José de la Luz y Caballero la inclusión de las ciencias físicas y naturales en su denominación.

La constitución de este centro influyó en todos los aspectos de la vida cultural cubana. Gracias a su existencia y labor se desarrollaron disciplinas como la geología, paleontología, biología, química, astronomía, farmacia, antropología y arqueología. Con su quehacer y actividad surgieron otras instituciones, como la Sociedad Antropológica de Cuba, el 26 de julio de 1877, gracias al empeño del Dr. Luis Montané Dardé, a la cual se referirá con mayor amplitud otro acápite, y laboratorios científicos que elevaron el nivel y rigor de la docencia universitaria. En el seno de esta corporación científica se discutieron numerosos problemas: los caracteres físicos, fisiológicos y facultades intelectuales de los grupos humanos, datos históricos, arqueológicos, lingüísticos; las razas y en especial la población negra: cultura, enfermedades, refranes, mestizajes, debates sobre el espiritismo, etc.

Este salto cualitativo del desarrollo científico del país se produjo debido a los estudios que realizaron ilustres cubanos en Europa y que luego trasladaron a la Antilla mayor.

Hubo un gran movimiento mundial por obtener un conocimiento más profundo de la naturaleza; hecho que condujo a numerosas expediciones científicas promovidas por sabios y gobiernos. En este contexto y con posterioridad a la fundación de la SEAP, llega a Cuba el naturalista y geógrafo español don Miguel Rodríguez Ferrer, el verdadero iniciador de la arqueología indocubana.

Miguel Rodríguez Ferrer y las primeras exploraciones arqueológicas en el archipiélago cubano. Su legado histórico

Miguel Rodríguez Ferrer (Cádiz, 1815-1889) llegó en 1847 a la Isla de Cuba para cumplir las funciones encomendadas por la

² Para mayor información ver Pedro Pruna: *Momentos y figuras de la ciencia en Cuba*, La Habana, 1998 y de Zoe de la Torriente Brau: *Anales de la Real Academia de Ciencia Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. Índice analítico 1864-1958*, La Habana, 1974.

corona. Una de ellas fue el encargo del editor madrileño Pascual Madoz, quien realizaba un Diccionario de Geografía dentro del proyecto de Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de España (1848-1850); antecedente del de su coterráneo, Jacobo de La Pezuela (1811-1882). Madoz delegó en Rodríguez Ferrer la búsqueda de la información que figuraría en su futura monografía.

El geógrafo español es reconocido como padre de la arqueología cubana. El año de su arribo al país en el que comenzó a escribir su obra excepcional *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*, marca el evidente inicio de las actividades arqueológicas en el territorio. Con anterioridad a la fecha de sus primeras exploraciones, *La Gaceta de Madrid* había publicado, el 5 de febrero de 1779, una nota curiosa, compilada años más tarde por el erudito José Antonio Saco (1797-1881), quien la dio a conocer en sus *Papeles Científicos*. La misma versó sobre el encuentro fortuito en una cueva de la hacienda de Sabalanamar, a cuarenta leguas de La Habana, de dos estatuas de guayacán negro. Aquellas representaban, según la noticia anónima, dos indios desnudos, una mujer y un hombre. La primera de pie con una corona y el segundo sostenía una fuente con los codos y las rodillas. Tenían las caras feroces y los miembros bien proporcionados, aclaraba la información. (Saco: 1858) Pero nada se comentó sobre quiénes fueron los posibles creadores de estos objetos, ni hubo intento alguno de desentrañar el origen de las esculturas, como consecuencia de los pocos datos y la inexperiencia existentes en este campo. Más de un siglo después, Fernando Ortiz en *Historia de la arqueología indocubana* (1922) planteó que estas piezas eran un ídolo femenino y un dujo. Posteriormente, se perdió su pista y no se supo más del paradero de estas evidencias.

La estancia del naturalista español se extendió por diez largos años, en los que ejerció como funcionario y después como hacendado en Puerto Príncipe, capital del Departamento Central. En esos años conoce de la existencia de cráneos aborígenes en el oriente del país y oye hablar, además, de la presencia de las llamadas piedras de rayo (hachas petaloideas), hecho que le hace trasladarse y realizar exploraciones por varios puntos del territorio insular.

Los resultados de sus excursiones del año 1847 los expuso en su ya mencionada obra, publicada en Madrid entre 1876 y 1877.

El autor aborda los temas desde perspectivas geológicas, geográficas y meteorológicas, así como aspectos paleontológicos, antropológicos y arqueológicos. Por estos últimos tópicos sintió una preferencia especial y los mismos le hicieron ganar el apoyo de eruditos consagrados como el Dr. Felipe Poey (1799-1891), el abogado don Antonio Bachiller y Morales (1812-1899), y de asociaciones como la SEAP.

El recorrido de Miguel Rodríguez Ferrer se inició en febrero de 1847 en la Gran Tierra Maya, extremo oriental de la Isla, donde exploró las ruinas de Pueblo Viejo. No encontró ningún objeto museable, no obstante, advirtió líneas prominentes sobre el terreno que formaban un rectángulo en direcciones paralelas. Al mandar a cavar, estas líneas resultaron ser una especie de terraplén de cal y chinás pelonas cuyo material mezclado con arena, según su dictamen, formaban una argamasa consistente, al parecer marga. El explorador añadió que estas líneas podrían ser restos de algunos muros.

Al comentar sobre Pueblo Viejo compara estas estructuras con los cercados térreos de Estados Unidos a través de las obras de los arqueólogos norteamericanos E. G. Squier y E. H. Davis, y la información obtenida a través de sus correspondencias con la Sociedad Etnológica Americana, creada desde 1845. Tiene la certeza de que dichas construcciones son de factura humana y sugiere su posterior análisis. Expone, además, su hipótesis sobre la ocupación de pueblos inmigrantes procedentes de tierras continentales, que dice, transitaron por el estrecho de Beringia, siendo éste uno de sus aciertos. Este criterio del paso continental de hombres y animales por este "puente geográfico" debe su difusión al antropólogo norteamericano Alex Herdlicka (1869-¿?) quien enunció la uniformidad de los grupos raciales americanos y su procedencia del continente asiático. Felipe Poey también había defendido esta tesis. Finalmente, plantea que a esta raza que precedió a la blanca, pertenecen los primeros artefactos pulimentados.

En su recorrido por la Isla se dirigió hacia la Cueva del Indio, al sur de Pueblo Viejo, donde localizó los primeros cráneos deformados, además de huesos dispersos de fémures y tibias.

El descubrimiento de esos cráneos introduce al autor en un análisis contradictorio, a partir del cual plantea que está en presencia de otra raza de la cual no hablaron los cronistas. En prin-

cipio, señala que el Padre Las Casas no escribió acerca de la práctica de la deformación craneana entre los pobladores del archipiélago cubano. No entiende cuáles son los argumentos por los que su compatriota, Jacobo de la Pezuela en su *Ensayo Histórico de la Isla de Cuba*, acepta esta costumbre y, más adelante, cita a Pedro Martyr de Anglería en su exposición referida a la deformación frontal artificial de los aborígenes cubanos.

Estas confusas apreciaciones del autor hacen que afirme la no-pertenencia de estos cráneos a los nativos de la Isla. A partir de aquí ésta será una de las mayores polémicas de los círculos intelectuales del siglo XIX.

En esta época (1852) el biólogo Felipe Poey estudia ese material óseo, afirmando que fue aplastado artificialmente y lo compara con los cráneos caribes de la cuenca del Orinoco, "... punto de partida de trabajos antropológicos sobre Cuba". (Rivero de la Calle y Puig-Samper: 1992, 195)

Al regreso de lo que denominó "la gran expedición al confín oriental", continuó sus exploraciones por la bahía de Nipe, Mayarí y Bayamo; en este último punto, escuchó sobre las piedras de rayo "... y que según me afirmaban, se desprendían cuando tronaban, encontrándose, por lo común, al pié [sic] de aquellas palmas reales" (Rodríguez Ferrer: 1878, 152). Al dirigirse hacia esa locación le obsequiaron dos hachuelas de piedra que describe según la forma y el material utilizado para su confección. Las sitúa desde la perspectiva europea evolucionista del progreso del devenir humano, en la segunda edad de piedra, correspondiente al período del pulimento, con lo cual se hace seguidor y exponente de los avances científicos que sobre esta disciplina tenían lugar en el viejo continente. Sobre las hachuelas expresa: "Estas no son menos interesantes que las estudiadas en Europa desde 1841 por el sabio de Abbeville, Mr. Boucher de Perthes". (Rodríguez Ferrer: 1878, 153)

En agosto de 1847, al encontrarse en el puerto de Manzanillo, el asesor de la tenencia de gobierno y otros vecinos, le comunican de hallazgos fortuitos en el campo, de huesos humanos y pedazos de barro. Al efectuar su visita a la hacienda Bermeja con el asesor, los prácticos y "unos criados para cavar lo necesario", encontró destrozos de moluscos, piedras madreporicas, fragmentos calcinados, cazuelas y burenes. A este descubrimiento no le dio particular importancia pero sí demostró su

conocimiento sobre las obras de los Cronistas de Indias al precisar los nombres del material colectado. Hay que decir que nada se sabe sobre el carácter científico o no de su trabajo de campo, ya que no ofreció detalles de la excavación realizada.

En ese mismo año Rodríguez Ferrer se dirige hacia Puerto Príncipe. Había recibido noticias en Santiago de Cuba sobre la presencia allí de caneyes de muertos, a través de una carta enviada por el escritor y periodista santiaguero Pedro Santacilia (1826-1910). En la hacienda Las Mercedes, a dieciséis leguas de la mencionada villa, los habitantes le narraron que habían visto desde 1834 muchos esqueletos en aquel sitio.

En el cayo dispuso efectuar algunas calas en diferentes puntos, pero hubo de abandonarlas porque el agua se filtraba y obstruía el trabajo. Allí localizó una mandíbula humana fósil cuya colecta le valió ser reconocido en el foro científico europeo. Esta evidencia fue analizada por el naturalista Felipe Poey, quien dictaminó su carácter antiguo y humano. Su colector la donó en 1850 al Gabinete de Historia Natural del Museo de Madrid y, en 1881, fue presentada al Congreso de Americanistas.

Rodríguez Ferrer vincula el montículo funerario de Puerto Príncipe con acumulaciones del mismo tipo en las costas de Suecia y Dinamarca. Por no aparecer instrumentos de metal, los refiere como pertenecientes a la edad de piedra, reiterando de esta forma en su exposición la cronología europea para el desarrollo del hombre donde ubica como "primitivos" a los nativos de la Isla. No obstante su limitada visión en la interpretación histórica de los grupos aborígenes de Cuba, a quienes denomina genéricamente como siboneyes, tal vez a partir de una errónea comprensión de los textos de los Cronistas de Indias, se aprecia en Ferrer un interés por la investigación, con la consecuente observación de los sitios localizados, que hace que rechace la entrega de cráneos en Baracoa sin antes ver el lugar de donde proceden. Prefiere dirigirse hacia el terreno, demostrando su impronta de incipiente arqueólogo.

El geógrafo español, además, localizó en oriente dos ídolos, denominados en la arqueología cubana como Ídolo de Bayamo y Hacha de Cueva de Ponce. La caracterización que hizo de ambos, según sus dimensiones, dureza del material y el arte con el cual fueron confeccionados, le indujeron a concluir erróneamente sobre su origen. Al concebir a los indocubanos como

“primitivos” no los consideró con las habilidades requeridas para tales realizaciones, por lo cual determinó la procedencia foránea de estas piezas.

Refiriéndose al Hacha de Cueva de Ponce expone:

¿Como pudo darle este dibujito tan acabado en sus detalles, la mano del sencillo siboney, que sólo encendía el fuego con la fricción de unos palitos y no tenía más hierro que las puntas que ofrecía el sílex pedernal? (Ferrer: 1878, 191)

El análisis de las anteriores palabras muestra una visión desacertada sobre los grupos aborígenes cubanos, creyéndoles incapaces –por naturaleza– de elaborar estos objetos, opinión que mantuvieron sus seguidores durante el siglo XIX. Por el hecho de aceptar la simpleza y salvajismo inherentes a los “indios” de Cuba, ubica la factura de estas piezas en Yucatán o México, como posibles centros emisores (con lo cual manifiesta indicios de un posible difusionismo) o que pudieron pertenecer a una civilización anterior a los últimos habitantes de Cuba. A pesar de esta limitación en la obra de Rodríguez Ferrer, es fácil comprender como lógica su opinión al considerar el escaso conocimiento que se tenía sobre estas comunidades antillanas, cuyos trabajos de campo él había iniciado. Al mismo tiempo debe tenerse en cuenta el alto nivel de los descubrimientos que en esa fecha se llevaban a cabo en la península yucateca y se divulgaban a través de la obra de John Stephens. (Stephens: 1984)

Los dos ídolos referidos fueron analizados por el científico Andrés Poey, hecho que le valió su ingreso a la Sociedad Etnológica Americana de los Estados Unidos. La obra que denominó *Antigüedades cubanas* (1855) conserva actualmente su significado para el conocimiento y estudio del material arqueológico localizado en la primera mitad del siglo XIX, y significó el indicio de la presencia de cubanos en estos desempeños.

El ídolo de Bayamo, así como los cráneos deformados, pasaron a ingresar a los fondos del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de La Habana, el 17 de diciembre de 1862, por la petición que le hiciera Felipe Poey al rector José Valdés Faurhi el 14 de marzo de 1862.

Las investigaciones que conformaron *Naturaleza...* estaban impregnadas del espíritu científico revolucionador de la época y recibieron el total apoyo de las asociaciones intelectuales de Cuba, como la ya referida Sociedad Económica Amigos del País.

Muchas de sus apreciaciones sirvieron como base a estudios posteriores, de los que sus propias palabras fueron vaticinadoras: "Yo enseño el camino y otros deben reconocer y estudiar lo que yo solo pude visitar." (Ferrer: 1878, 233)

La obra de este erudito se conoció en el ámbito intelectual en 1879, cuando los conceptos evolucionistas y positivistas en boga en Europa ya habían penetrado en el país. El texto del geógrafo español concedió un impulso significativo al desarrollo de la labor arqueológica en el archipiélago cubano, al vincular la información histórica procedente de los Cronistas de Indias con las evidencias materiales de los primeros pobladores del territorio en un momento en que diferentes especialistas se nucleaban en torno a las nascentes asociaciones científicas. Hasta la fecha de publicación de su libro la historiografía aborigen de Cuba, comprendida mayoritariamente por historiadores y escritores, solo había referido la información de los cronistas del "descubrimiento". A partir del trabajo de Miguel Rodríguez Ferrer sería diferente.

Influencia de los cronistas de indias en la historiografía aborigen del siglo XIX

A lo largo de los primeros siglos del asentamiento europeo, el interés por desarrollar económica y políticamente la colonia, unido a la disminución significativa de la población originaria, hizo que el estudio sobre esos grupos humanos quedara en el olvido. No era preocupación de las autoridades metropolitanas aprender sobre los orígenes históricos de su territorio ultramarino. Es por eso que las obras de los Cronistas de Indias sobrevivían en bibliotecas o conventos, en profundo silencio.

Los Cronistas de Indias fueron los primeros historiadores del "Nuevo Mundo".

Testigos en su mayoría de la conquista y colonización de las llamadas tierras vírgenes, sus escritos: diarios, crónicas, cartas y obras, conformaron las fuentes iniciales para el conocimiento de los primeros habitantes insulares y continentales. En principio, respondiendo al simple acto de informar a la corona y, posteriormente, con la intención de crear textos, constituyeron el preámbulo de la historiografía aborigen de Cuba. En este contexto sobresalen las obras del Padre Bartolomé de Las Casas (Sevilla, 1474-Madrid, 1566), quien es reconocido como el defensor

de los indios, y Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid, 1470-Santo Domingo, 1557).

El escrito trascendental del padre Las Casas, *Historia de Las Indias*, redactado entre 1527 y 1559, pocos años antes de su deceso, estuvo inédito por más de tres siglos, lo que incidió en que fuera desconocido para muchos autores del siglo XIX. En esta obra Las Casas dedicó varios capítulos a la población indígena de Cuba: sus costumbres, formas de vida, contactos con los europeos y reeditó parte del diario de Cristóbal Colón, el primero en describir someramente sus impresiones al entrar en contacto con pobladores que no conocía. Su publicación, no respaldada por la corona durante el período colonial inicial, ya que el fraile no justificaba los métodos empleados para el dominio de las tierras americanas, fue posible gracias al auspicio de la Real Academia de Historia de Madrid, entre 1875 y 1876. El relato abarca hasta 1521 y en él expone valiosos testimonios que servirán de base a intentos postreros de investigación sobre los aborígenes, aunque colmados en ocasiones de exageraciones acerca de la benevolencia y perfección de los hombres que habitaban el «Nuevo Mundo» a la llegada de los españoles. No obstante, al Padre Las Casas se debe la primera caracterización y diferenciación elemental de las sociedades comunitarias asentadas en la mayor de las Antillas: los guanahatabeyes, los siboneyes y los taínos.

De hecho, Las Casas y Oviedo no fueron los únicos que abordaron esa temática relacionada con el archipiélago cubano en tiempos de la conquista, aunque los datos por ellos recogidos fueron los más cercanos a la realidad, incluso algunos de estos fueron corroborados por la arqueología. Pedro Martyr de Anglería (1459-1526) y Antonio de Herrera y Tordesillas (1559-1625) también legaron obras de este género. Sin embargo, ambos reiteran las informaciones de las Casas y por momentos sus narraciones son imprecisas e incompletas.

Debido a la rápida conquista de Cuba, sin grandes batallas con los nativos y al no cumplimentarse el sueño colonizador de encontrar oro y plata, las informaciones sobre los aborígenes de la mayor de las Antillas resultaron excluidas de la historiografía americana de la conquista. Los datos planteados por los Cronistas de Indias en los primeros decenios del siglo XVI, con sus aciertos y limitaciones, quedaron como los únicos testimonios. Ten-

drá que esperarse hasta casi finalizado el siglo XVIII, y particularmente el siglo XIX, para que los vestigios materiales de los primigenios habitantes de Cuba, puestos al descubierto a través de la arqueología, específicamente por los trabajos de campo efectuados por Miguel Rodríguez Ferrer, seduzcan a los investigadores. Con ellos se va a iniciar una nueva fase de la historiografía aborigen, favorecida con la creación de diferentes corporaciones científicas.

Las asociaciones científicas y su contribución a la labor arqueológica

Las asociaciones científicas fundadas entre finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX contribuyeron al desarrollo de los estudios arqueológicos en el archipiélago cubano. Por una parte, como ya se refirió, divulgando a través de sus publicaciones los descubrimientos efectuados, y por otra, financiando expediciones para la búsqueda de huellas de los primeros habitantes del territorio. Entre las labores realizadas por las diferentes sociedades académicas (SEAP, Academia, SAC) las de mayor connotación para la arqueología cubana fueron las implementadas por la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y la Sociedad Antropológica de Cuba.

Los esfuerzos de intelectuales aislados y de la Sociedad Económica Amigos del País por escribir obras históricas generales de la Isla fructificaron en los intentos primigenios de Ignacio José Urrutia y Montoya (Habana, 1735-1795) con su *Teatro Histórico, jurídico y político militar de la Isla Fernandina de Cuba y principalmente su capital La Habana* (1791); Antonio José Valdés (Matanzas, 1780-¿?) con *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana* (1813) y José Martín Félix de Arrate (San Cristóbal de La Habana, 1701-1762) con su obra *Llave del Nuevo Mundo Antemural de las Indias Occidentales* (1830). Las obras de estos tres primeros historiadores, naturales de Cuba, abren y cierran este ciclo, cuyo logro mayor constituyó la divulgación de algunos aspectos de la historia de los indocubanos, basados en los Cronistas de Indias, ya que los trabajos arqueológicos eran prácticamente inexistentes en la mayor de las Antillas.

Los empeños por confeccionar historias locales posteriores a estos años se vieron coartados por la negación de la corona hispana a autorizar la visita a los archivos metropolitanos, tantas veces

solicitada por los miembros de la SEAP. Ese derecho solo fue concedido a fieles súbditos como Ramón de la Sagra (Coruña, 1798-Madrid, 1871) y Jacobo de la Pezuela (Cádiz/1811-1882).

No obstante, en las siguientes décadas del siglo XIX otros escritores dedicaron una pequeña parte de su obra al tema "indio," entre los que se destacó: José María de la Torre y su *Compendio de Geografía física y política de la Isla de Cuba* (1853). Se incluyen además en esta proyección de estudios históricos sobre los nativos cubanos, los textos siguientes: Rafael Toymil, "Creencias de los ciboneyes" (1856); Pedro Santacilia, "Estudios históricos. Gobierno, religión, usos y costumbres de los primitivos habitantes de la Isla de Cuba" (1856); Fernando Valdés Aguirre, *Apuntes para la historia de Cuba primitiva* (1859); Dr. Ramón Francisco Valdés, *Compendio de historia antigua de la Isla de Cuba, dispuesto en forma de diálogo para uso de las escuelas* (1864); Rafael Delorme Salto, *Los aborígenes de América. Disquisiciones acerca del asiento, origen, historia y adelanto en la esfera científica de las sociedades precolombinas* (1894); Francisco Vidal y Careta, *Estudio de las razas humanas que han ido poblando sucesivamente la Isla de Cuba* (1897). Estas obras, aunque no introdujeron aportes a la historiografía aborigen de Cuba, son importantes porque contribuyeron indiscutiblemente a la divulgación de los datos conocidos sobre los primeros habitantes del archipiélago cubano (algunos de ellos erróneamente interpretados) y porque propiciaron la posterior creación de textos mejor fundamentados y el aumento del interés por el estudio de estos pobladores.

La Real Academia de Ciencias..., por su parte, tuvo en su haber la publicación científica general más notable durante la segunda mitad del siglo XIX bajo la dirección de su miembro Antonio Mestre (1833-1887). En los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, que se editó hasta 1958, aparecieron importantes trabajos que forman parte de la historiografía aborigen de Cuba.

Esta institución también creó un museo de carácter público con colecciones zoológicas y arqueológicas, las cuales directa o indirectamente debían su acervo al impulso que le imprimió a estas actividades Miguel Rodríguez Ferrer. Además, contribuyó a su formación la labor significativa desarrollada por los doctores Luis Montané Dardé y Carlos de la Torre en las expediciones científicas financiadas por esta institución.

El Dr. Luis Montané Dardé y la sociedad antropológica de Cuba (1874-1894). Alcance de los estudios arqueológicos en el territorio

El año 1874 es definido con certeza por varios autores cubanos (Mestre: 1894, Álvarez Conde: 1956, Tabío y Rey: 1966, Dacal y Rivero: 1986) como fundamental para el afianzamiento futuro de la arqueología en Cuba. Esto se debe a que la disciplina estaba insertada en los estudios antropológicos que en esta década se iniciarían con rigor científico en el país a través de la Sociedad Antropológica de Cuba. El pensamiento en esta etapa se vertebró alrededor de la figura del Dr. Luis Montané Dardé, quien arribó en esa fecha a la Isla.

Llegó a Cuba con el espíritu parisino de la ya fundada Sociedad Antropológica de París (1859) y el legado de sus renombrados maestros. Su arribo coincidió con un ardiente movimiento científico en la Isla. Se integra como académico el 13 de mayo de 1877, en la sección de medicina, y años más tarde, entre 1879-1880, crea la sección de antropología que durante este tiempo realizó las primeras acciones de índole antropológica en la Isla. Además, eran ya reconocidas por la intelectualidad de la colonia las actividades de la Sociedad Antropológica de Madrid, surgida en 1865, junto a las de New York, Moscú, Leningrado, Manchester (1866), Florencia (1868), Berlín (1869) y Roma (1870).

En aquellos momentos la Sociedad Antropológica madrileña estaba impregnada del positivismo y evolucionismo de la época, así como influenciada en gran medida por la importación de la metodología antropológica francesa, es decir, los estudios de antropología física. Este hecho se relaciona con el interés de los académicos por la etnología y el folclore, con instituciones de enseñanza libre y los Ateneos (Puig-Samper y Galera: 1983).

Todas estas fueron condicionantes para el surgimiento de la Sociedad Antropológica de Cuba (SAC) "... muchos de cuyos miembros eran positivistas y partidarios de la evolución" (Pruna: 2001, 48). Ciertamente, los asuntos arqueológicos fueron los menos tratados dada la poca información existente hasta el momento; sólo la referida por Rodríguez Ferrer y Felipe Poey. No obstante, es válido afirmar que la SAC dio un impulso a dichas actividades, a través de los debates que sobre las comunidades aborígenes de Cuba allí se efectuaron. Aunque en su

mayoría no tuvieron las características de un estudio arqueológico (localización de piezas, análisis, exploración, excavación) los criterios (en ocasiones erróneos) que sus miembros expusieron, contribuyeron al desarrollo de la historiografía aborigen, ya que muchas de estas opiniones interrelacionaron las fuentes históricas con las arqueológicas. Son relevantes los nombres y labor de Montané, Antonio Bachiller y Morales, Francisco Jimeno, Juan Ignacio de Armas, Manuel Sanguily, Antonio Mestre y Carlos de la Torre.

Entre los asuntos destacados se discutió sobre la autenticidad de un hacha petaloide encontrada por Montané en la Chorrera, un cráneo deformado descubierto en la zona del Vedado y el hallazgo de un dujo encontrado en el río de Santa Ana en Santa Fe. El análisis de los trabajos presentados en la SAC, según sus actas de reunión durante los años en vigor (1877-1891), establece una prevalencia de los criterios de antropología física.

En 1878 Montané expone su investigación "Consideraciones sobre un cráneo deformado" recogido cerca del mar entre El Vedado y El Carmelo, La Habana. En el trabajo cita sus características antropológicas sobre las que determina la práctica de la deformación occípito frontal cuneiforme ascendente, a partir de la cual diserta sobre esta costumbre entre los aborígenes de las Américas. Posteriormente se realizó una copia en yeso del material óseo estudiado, pero ambos se perdieron años después.

En sesión del 7 de marzo de 1880 se leyó el trabajo del naturalista matancero Francisco Jimeno (1825-1890), "Período prehistórico cubano", donde estableció la clasificación de esta etapa de la historia en función de las periodizaciones difundidas en el mundo europeo. En consecuencia, señala la edad de piedra y la de bronce, además de las épocas arqueológicas: paleolítica, mesolítica y neolítica, considerando que las dos primeras son inexistentes en Cuba. Jimeno se detiene en los descubrimientos de Rodríguez Ferrer como antecedentes de su labor. Opina sobre la dificultad de reconstruir el pasado de nuestros primeros pobladores por los escasos datos recogidos y, además, con un ineficiente criterio científico. Este trabajo fue presentado para optar por su membresía en la Sociedad Antropológica de Cuba.

La labor de Francisco Jimeno, sin embargo, aunque incursiona (tangencialmente) en aspectos de la sociedad comunitaria, no es trascendental en la arqueología cubana. Su legado como cien-

tífico se reconoce en el área de las ciencias naturales, además de ser un renombrado coleccionista, en esa esfera, en su ciudad natal. La importancia de "Período prehistórico cubano" se remite a su inserción en el debate sobre los grupos aborígenes de la Isla que tenía lugar en los círculos intelectuales de la época, a partir de la localización de varios objetos fragmentados, circunstancias que llevarían a considerarlo erróneamente como coleccionista arqueológico en el siglo XIX. También los valores se resumen en su acertado análisis sobre la limitación de la información existente en Cuba relativa a la temática indígena y la necesidad de incrementar estos estudios con una perspectiva científica.

En 1883 es presentada a la Sociedad un hacha petaloide encontrada en la Chorrera por el Dr. Montané, y se efectúa un debate sobre la autenticidad de la pieza. Al efecto, el Sr. Bachiller y Morales expuso su parecer con el trabajo "Un hacha de piedra pulida, recientemente hallada en Cuba", haciendo gala de su erudición, al tiempo que Juan Ignacio de Armas (1842-1889) duda de su origen y hechura indígena, ya que según su opinión, los pobladores de estas tierras no tenían armas y eran incapaces de manufacturar estos instrumentos.

Bachiller retoma los descubrimientos de Boucher de Perthes y ubica el artefacto en la época neolítica. En cambio, no logra definir la posible procedencia de la pieza en correspondencia con su factura; si era de origen local o importada. Desde este preciso momento este académico abogará por la creación inmediata de un Museo arqueológico de la SAC. Tal vez por la imperiosa necesidad de incrementar los fondos de esta incipiente disciplina en Cuba y arribar a criterios más concluyentes.

En este propio año 1883 se tienen noticias sobre un cementerio indio en Sancti Spíritus y la Sociedad Antropológica dispone crear una comisión para investigar la veracidad de la información notificada por uno de sus miembros, el Dr. J. F. Torralbas, a partir de los datos ofrecidos por el sacerdote espiritano Andrés Perdigón.

Durante 1884 continúan los debates sobre los períodos cronológicos de la evolución de la humanidad y se buscan nuevos datos acerca del posible sitio funerario de la región de Sancti Spíritus. Aunque lo más significativo de estos momentos fue el desarrollo de una de las mayores polémicas acontecidas en el foro científico decimonónico relacionadas con la población abo-

rigen del archipiélago cubano que no excluyó a otras comunidades indígenas del Caribe. Se discutió sobre los cráneos deformados hallados en el territorio y su pertenencia a los grupos caribes.

El punto de partida para esta extensa disputa entre varios académicos fue el registro del material óseo que se tenía de los grupos aborígenes cubanos, conformados por los cráneos de Rodríguez Ferrer y el cráneo de Montané. Las preguntas vigentes en aquella etapa estaban aún por dilucidar: ¿los cráneos habían pertenecido a las comunidades taínas, gente noble, o a los caribes, grupos belicosos y antropófagos?; ¿los caribes se habían asentado en la mayor de las Antillas?; ¿la deformación craneana era natural o artificial? El periodista y miembro de la sociedad, Sr. Juan Ignacio de Armas, abrió la discusión con su trabajo "La fábula de Los Caribes".

Resumiendo lo planteado por el autor, éste consideraba que la existencia de los Caribes en Las Antillas constituía una falacia producto de la imaginación de los "descubridores". Los grupos humanos de las Islas, a los que denominó salvajes, pertenecían a una sola raza de costumbres dulces y pacíficas. Aquellos no eran antropófagos, esta condición no era admisible en ninguna sociedad (hoy se sabe que la antropología fue usualmente practicada, generalmente con carácter ritual). Los cráneos deformados no fueron exclusivos del sexo masculino, se las consideraba naturales y no había ninguna práctica artificial. Por estos argumentos Juan Ignacio de Armas se explicó la discordancia, que según él aparecía en los textos de los Cronistas de Indias al presentar tal hecho: para Oviedo, la deformación era realizada con la mano; para Gómara, con almohadillas; para Garcilazo con tablillas y para Las Casas con tiras de lienzo (Armas: 1884). No se ponían de acuerdo sobre la deformación porque esta era inexistente.

Los señalamientos de De Armas fueron un punto detonante en la asociación. Varios académicos le replicaron con significativos artículos: Manuel Sanguily, "Los caribes de las Islas"; J. R. Montalvo, "Deformaciones artificiales"; Antonio Bachiller y Morales, "Los Caribes flecheros y antropófagos".

El abogado Manuel Sanguily (1848-1925) expuso que dicha obra manifestó el ingenio del autor en contra de los conocimientos históricos y antropológicos fundados en la observación y la

experiencia, limitando de esta forma su pensamiento científico, inexistente en el texto. Por su parte, Montalvo se quejó de las apreciaciones del erudito, presentadas al espacio público sin acuerdo previo con los miembros de la sociedad. Desde su perspectiva como médico señaló los errores de De Armas sobre las deformaciones del cráneo y argumentó sus criterios con los postulados de los antropólogos franceses Topinard, Broca y Quatrefagues. Bachiller, también en total desacuerdo con el autor de "La fábula...", se refirió al acto del canibalismo como práctica extensiva en Las Américas.

Otros trabajos de Juan Ignacio de Armas relativos al mismo tema fueron: "Las gorritas de madera" (1884) y "En justa defensa" (1885), publicados en el periódico *El Triunfo* de La Habana.

Los criterios de Ignacio de Armas en la polémica sobre la deformación craneana, aunque inaceptables en su momento por sus colegas, y después por la ciencia, contribuyeron indirectamente al progreso de las disciplinas antropológicas y arqueológicas, ya que a través de estas disquisiciones se centró la atención en el estudio de los aborígenes desde ambas perspectivas. Este asunto no quedaría resuelto hasta entrado el siglo xx. De Armas incursionó también en la mitología y la agricultura a través de los hábitos alimenticios que según los Cronistas de Indias tuvieron los indocubanos. En "Estudios sobre las creencias religiosas de los aborígenes de las Antillas" dictaminó erróneamente la total inexistencia de cultos en todo el archipiélago antes de la llegada de Colón. Negó además las obras de fray Ramón Pané (Pané: 1990) y Pedro Martyr de Anglería, relativas a la cosmogonía de los nativos de Cuba y las Antillas, siendo la primera de ellas el único testimonio de la mitología taína que devino principal fuente de consulta para la temática, a pesar de todas las limitaciones que se le reconocen hoy día. En "La comida del salvaje" (1885), planteó que no existía agricultura en las Antillas, y que fueron los españoles quienes les enseñaron a la población aborígen esta actividad económica, incluso les hace acreedores del descubrimiento del pan de casabe. Para este autor nada positivo fue atribuible a la población que habitó estas tierras a la llegada de los conquistadores.

Seres salvajes, carentes de ingenio, sumidos en un primitivismo absoluto, fue la visión que De Armas transmitió a sus coterrá-

neos sobre las comunidades aborígenes del archipiélago cubano. El arribo de los peninsulares a la mayor de las Antillas, según su opinión, fue un acontecimiento feliz para estos hombres, incapaces de producir y crear. Con esa visión el autor justificó y aceptó la presencia metropolitana en “la grande y fiel Isla de Cuba”, en contraposición a otro grupo de hombres que habían decidido levantarse en armas para defender su independencia.

Sin embargo, en el foro académico muchas voces se levantaron en total desacuerdo con De Armas. Desde una perspectiva científica se debatieron trabajos donde se abordaba de manera explícita la creatividad y el ingenio aborígen. Un intento con estas características fue “Medicina de los siboneyes” (1888), del Dr. Enrique López, que dio crédito a la obra de fray Ramón Pané. Lo singular de esta presentación fue la utilización del término siboney de forma general para continuar denominando a los nativos de Cuba, aunque en ese año todas las evidencias reportadas se refirieron a grupos neolíticos o taínos. Posteriormente su colega Antonio Gordon y Acosta (1848-1917), retomaría su discurso en la Real Academia de La Habana (1904) con un enfoque similar.

En 1889 comparece en la Sociedad Antropológica de Cuba el Dr. Carlos de la Torre y Huerta, en la que hace una “Comparación entre antigüedades cubanas y puertorriqueñas”. Este científico, al concluir sus estudios en la Universidad madrileña, en diciembre de 1883, logra una plaza en el Instituto de Segunda Enseñanza de Puerto Rico y comienza allí sus estudios sobre arqueología. Regresa a Cuba en 1884 y ocupa entonces la vacante de profesor de Anatomía Comparada en la Universidad de La Habana.

En su presentación ante la referida Sociedad Antropológica, de la Torre expone la desproporción entre la escasez de piezas localizadas por Rodríguez Ferrer, Jimeno y Montané y las numerosas colecciones de Puerto Rico. Analiza, además, el trabajo de Jimeno “Período Prehistórico cubano” y señala como error de este texto, la intención del autor de darle un valor cronológico constante a la edad de piedra, con lo que está en total desacuerdo. Los apuntes del naturalista presentan certeramente el panorama arqueológico cubano, como prematuro. Esta época se diferencia de la última década del siglo XIX a partir de la realización de las expediciones científicas.

Fuera del contexto de la SAC y la Real Academia se editaron otros títulos. En la revista *Cuba y América, los Anales y Cuba*³ se divulgaron parcialmente. *Cuba Primitiva*, del abogado Antonio Bachiller y Morales (1812-1899), fue otra de ellas.

Cuba Primitiva, editada en 1881, constituyó una aproximación al conocimiento de las antigüedades y voces de los indios taínos, agricultores-ceramistas, que poblaron la Mayor de Las Antillas, con el fin de conservarlas. El autor, interesado por este tema desde 1838 cuando recorrió la Isla y percibió el gran número de vocablos indígenas presentes en el castellano hablado en el país, combatió la creencia de moda que consideraba la lengua de nuestros primeros habitantes como dialecto maya.

La obra de Bachiller, de clara proyección lexicográfica, en una primera parte recoge las informaciones arqueológicas acontecidas entre 1838 y 1881. En la segunda, además de señalar las voces indias, edita el valioso texto de fray Ramón Pané concerniente al mundo mítico aruaco. Los aciertos del abogado habanero en *Cuba Primitiva* refieren el origen de los indios cubanos en sudamérica y, al efecto, trata de demostrar la conexión entre las Antillas y las Bahamas como zona de contacto en el Caribe antiguo. En cambio, su desacierto radica en la filiación de los grupos aruacos a la raza caribe, cuestión que como se ha analizado, por la propia polémica de la época, no fue un criterio aislado de Bachiller. La importancia de este texto radica en la inserción válida de los estudios filológicos para la comprensión de la vida y costumbres de los aborígenes cubanos que, junto a la geología, la historia y la arqueología fundamentan un pasado remoto. Su argumento para verificar que la lengua de los nativos antillanos no es la maya, parte de un estudio preliminar de ambos lenguajes.

La SAC feneció después de 1892, aunque nominalmente existió por tres años más. Su decadencia se ha relacionado con problemas económicos, falta de local, imposibilidad de publicar su boletín, poco apoyo gubernamental y la situación política que se gestaba en el país. "La guerra del 95 y las circunstancias políticas que le sucedieron, no fueron favorables a la sociedad, por

3 Esta revista la fundó José A. Cortina (1853-1884), el 15 de enero de 1877. Según Pruna y González (1989) el darwinismo penetró en Cuba gracias al grupo de intelectuales que se nucleó en torno a ella, p. 81.

lo que sus aportes al desarrollo de las ciencias antropológicas de nuestro país quedaron truncos". (García González: 1988, 7)

Como fiel gestora e impulsora de los estudios antropológicos, la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana retomó esa tradición desarrollada por su homóloga. A ella se deben las primeras exploraciones científicas llevadas a cabo por los doctores Luis Montané Dardé, en 1890, y Carlos de la Torre y Huerta, en 1892, según se explica en el acápite siguiente.

Las expediciones científicas de finales del XIX

La edición de *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba* de Miguel Rodríguez Ferrer, en 1877, propició la divulgación de los hallazgos del naturalista en territorio cubano, a la vez que incrementó el interés por la búsqueda de materiales pertenecientes a los primeros habitantes del archipiélago. Las corporaciones científicas existentes en el país favorecieron este proceso. Algunos intelectuales siguieron las huellas de Rodríguez Ferrer al visitar los sitios por él recorridos en la primera mitad del siglo XIX.

Desde 1883 se comentaban en la SAC ciertas noticias sobre cráneos localizados en la provincia de Sancti Spíritus. La Real Academia, en 1888, decide comisionar al Dr. Luis Montané Dardé para la exploración científica de esa región. En reunión del 22 de julio, Montané informa los resultados de su expedición: la colecta de varios objetos en las Lomas de Banao; un ídolo de madera y hachas petaloides. No se plantearon inferencias etnográficas sobre las piezas encontradas.

En 1889 realiza una excursión antropológica desde Baracoa hasta Guantánamo y adquiere cráneos, hachas e ídolos. El Dr. Aristides Mestre, quien ofrece esta información (Mestre: 1938), no especifica en qué sitios fueron encontrados ni caracteriza las piezas descubiertas. Expone que Montané ha sido el primero en realizar un viaje con propósitos científicos, sin embargo, omite la labor de Miguel Rodríguez Ferrer en los caneyes del sur camagüeyano.

Montané visita Las Lomas de Banao en 1888, específicamente la cueva Boca del Purial, y realiza uno de sus mayores descubrimientos para las ciencias antropológica y arqueológica cubanas: cráneos no deformados colocados en semicírculos, dentro

de estos, concéntricamente, los huesos largos cruzados en forma de X e interiormente las costillas y huesos cortos. Al centro, los huesos pelvianos. En el sitio se colectaron fragmentos de carbón, pedazos de sílex, restos de comidas y artefactos de piedra. Se hallaron, además, dientes de un mono que se denominó —en honor a su descubridor— *Montaneia anthropomorpha*.

Estos datos así como la caracterización del lugar y las circunstancias de la investigación, fueron expuestos por el autor en *L'homme de Sancti Spíritus*, estudio presentado al Congreso de Mónaco, en Italia.

La localización de los vestigios aborígenes en Boca del Purial fue un acontecimiento para los foros intelectuales cubano y europeo. Se reportó el hallazgo de los primeros cráneos no deformados, la posible representación del siboney; dos de los cuales fueron enviados a laboratorios de París y, además, se informa sobre una nueva especie de monos antillanos, hasta entonces desconocidos. Lo más interesante fue, sin duda, la opinión científica del célebre antropólogo: la probable pertenencia de las osamentas a poblaciones continentales de la Florida o Yucatán, distintas completamente a la del Caribe, y su caracterización “... el tipo indígena cubano no es uniforme, hay mezclado algún elemento negroide que puede constituir un punto de interrogación” (Montané: 1908, 12).

Al mismo tiempo que Montané exploraba por segunda vez Boca del Purial, en 1890, el Dr. Carlos de la Torre era comisionado por la Real Academia, el 27 de junio, para visitar la zona oriental de la Isla con la intención de encontrar objetos para estudios antropológicos de la “raza primitiva” y observar el estado de los cocoteros y su plaga. Otro de los motivos esgrimidos fue corroborar si “El Caney” era un pueblo de indios. Sobre este último punto se pudo confirmar que, efectivamente, se trataba de sus descendientes, a los cuales denominó como raza siboney. Además, otros poblados en Yara y Majayara en la jurisdicción de Baracoa presentaban caracteres indígenas: color tostado, cabello lacio y negro, baja estatura y barba poco poblada. Esta expedición fue financiada por la Academia.

El naturalista reedita el camino andado por el geógrafo español Rodríguez Ferrer en 1847. En la travesía le acompañó y ayudó Fermín Valdés Domínguez, ampliamente conocido en la historia de Cuba por su labor independentista y vinculación a su

entrañable amigo José Martí y Pérez pero no por su relación con la arqueología. Visitaron los farallones de Maisí, Pueblo Viejo, Cueva de Ponce, Cueva Ovando y Cueva del Indio. El resultado satisfactorio de la expedición se dio a conocer en sesión pública ordinaria de la Real Academia el 12 de octubre de 1890: once cráneos, un esqueleto casi completo, armas, ídolos y fragmentos de alfarería. En este momento se reportan por vez primera las gubias de concha, a las que denomina cucharas. De la Torre determina que las osamentas pertenecen a la "raza" caribe y concluye que existió una colonia en el extremo oriental de Cuba. Para él, los primeros habitantes de la Isla pertenecieron a la raza siboney. Según sus estudios realizados en Puerto Rico concluye, certeramente, que las emigraciones procedían de Oriente a Occidente, así como que la uniformidad de los ídolos de piedra indicaba una identidad de creencias religiosas entre los antillanos.

Otros de sus aciertos, es que describe las relaciones entre los habitantes de las Islas y el continente. De acuerdo con el registro arqueológico localizado, establece la posibilidad de pertenencia de aquellos hombres al tronco asiático y el valor cronológico impreciso de la edad de piedra, pues plantea que en América y Oceanía se usaron, en épocas relativamente recientes, instrumentos de piedra semejantes a los que en Europa pertenecen a la prehistoria. En cambio, en el artículo publicado en *El Fígaro* (periódico habanero), defiende el posible origen común de la población antillana, pero a favor de un criterio monogenista sobre la especie humana.

El quehacer del Dr. Carlos de la Torre amplió el registro de datos sobre los aborígenes cubanos y muchos de sus criterios aún hoy son válidos para la arqueología antillana.

En el año 1892 Luis Montané se encamina tras las huellas de Rodríguez Ferrer y de la Torre, por encomienda de la Junta Precolombina de la Academia. Creada desde 1892, estaba integrada por J. M. Céspedes, presidente; Carlos de la Torre, secretario; como miembros J. I. Torralbas, Montalvo y Aristides Mestre, entre otros (García González: 1994). Con objetivos similares a los de la anterior expedición y con vistas a la celebración del cuarto centenario de la llegada de Colón a Las Américas, Montané recorrió Baracoa hasta cabo Maisí por la costa norte y por la sur hasta Guantánamo. Localizó un nuevo osario de las antiguas

poblaciones y estudió antropológicamente una familia descendiente de aborígenes en la población del Caney, dada su preocupación por la supervivencia de caracteres indígenas en Cuba.

Con la llegada de la guerra de Independencia, en 1895, ocurrió un estancamiento en todos los sectores de la vida científica del país. No obstante, en el transcurso de la contienda se efectuaron algunos hallazgos fortuitos que se divulgarán ya entrado el siglo xx. Fernando García y Grave de Peralta, integrante de las huestes mambisas, localiza fragmentos de hachas cuneiformes, fondos de cazuelas y vasijas de barro. Estos descubrimientos, de los cuales solo se tiene la información a través de dibujos, se encontraron en Las Villas y en los límites territoriales de Camagüey y Oriente; los primeros en 1897 y los segundos en 1898 (García y Grave de Peralta: 1940).

A fines del siglo xix comienza a manifestarse el ocaso del evolucionismo como principio rector del conocimiento humano. Sus opositores centraron la discusión en torno al método de análisis de esta corriente antropológica. Los evolucionistas, cuando carecían de datos, procedían a atrevidas extrapolaciones y deducciones, y no aceptaban los hechos que no se insertaran en su esquema lineal general de explicación. La tendencia a separar los hechos de su contexto global fue una de sus limitaciones características, circunstancia favorecida por su relación con el positivismo, que promovía únicamente la descripción. La historia, de esta forma simplificada respecto a las sociedades antiguas, se proyectó no solo en percibir los acontecimientos independientes, sino que en su visión de desarrollo-progreso debían ascender los mismos grados en la evolución (Mercier: 1977).

En efecto, esa concepción era un factor negativo de la evolución como teoría que, no obstante, fue asumida de forma absoluta durante el siglo xix. Su error manifiesto fue el no considerar las creaciones propias y las interacciones mutuas en la evolución de los pueblos: contactos, asimilación de tradiciones y transculturación. No obstante, el mérito de los evolucionistas radicó ciertamente en el impulso motor que sus trabajos concedieron al estudio de las ciencias mundiales y, por ende, de las cubanas. No es menos cierto que a través de ellas se conformaron disciplinas para la investigación sobre el hombre, como la antropología y la arqueología, que nacieron juntas en el xix y se independizaron en el xx.

Las obras editadas en el siglo XIX sobre los aborígenes cubanos donde primaron la descripción de los objetos localizados, las informaciones históricas de los Cronistas de Indias y la visión de aquellos grupos humanos a través de sus características físicas, dio lugar a una corriente de pensamiento vinculado al mundo prehispánico.

La lírica cubana, de finales de la centuria, de marcado espíritu patriótico, consagró los temas indígenas en sus cantos y poemas, los que posibilitaron la publicación y difusión del nombre siboney, y que fuera utilizado para caracterizar a toda la población originaria de Cuba; de ahí la denominación del movimiento: el siboneyismo.

El siboneyismo, aliado del criollismo en la labor de resaltar lo cubano, se remonta al perdido pasado del indio, pasado que está presente en el subconsciente de todo cubano. Ambos se vinculan al describir la naturaleza cubana, cargada de numerosos nombres aborígenes. (Valdés Bernal: 1984, 33)

Esta fue una manifestación de la tendencia indianista que se había expandido en América como rama del americanismo literario. En Cuba sus principales exponentes fueron: Juan Clemente Zenea (1823-1871), José Fornaris (1827-1890), Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829-1962) y José Joaquín de Palma (1844-1911). Los indoamericanismos más utilizados por aquellos fueron la flora y la fauna de la Isla.

Entonces, el término siboney, según la corriente que predominaba, se asimiló a los que Las Casas definiera como taínos. Fue el indio protagónico de los antecedentes de la conquista: el que tuvo relación con el conquistador, el que cultivó la tierra, el de los cemíes, el casabe, el areíto y el tabaco. Próximos al arribo del siglo XX, el ánimo independentista imperante en la Isla de Cuba se vertebraba sobre el empeño creciente de conocer nuestras raíces.

El trabajo arqueológico iniciado por Miguel Rodríguez Ferrer entre 1847 y 1848 no se había perdido. El impulso dado a dicha labor en la mayor de las antillas fue retomado por las sociedades científicas que durante esta centuria fueron creadas. Su legado histórico para la posteridad fue de gran trascendencia debido a las evidencias materiales halladas en los sitios localizados y sus interpretaciones acerca de la población nativa, sobre todo porque contribuyeron al fomento y a la motivación de la

búsqueda de nuestro pasado y al desarrollo de estas actividades en la Isla.

Bibliografía

- ALCINA FRANCH, JOSÉ (1989): *Arqueología antropológica*, Ediciones AKAL, Madrid.
- ÁLVAREZ CONDE, JOSÉ (1956): *Arqueología indocubana*, Impresores Ucar, La Habana.
- BACHILLER, ANTONIO (1883): *Cuba Primitiva*, Imprenta La Correspondencia de Cuba, La Habana.
- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ (1951): *Historia de las indias*, Fondo de Cultura Económica, México.
- DACAL, RAMÓN Y M. REIVERO DE LA CALLE (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- GARCÍA, ARMANDO (1988): *Actas y resúmenes de Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en publicaciones periódicas del siglo XIX*, Editorial Academia, La Habana.
- _____ (1994): *Del Museo de la Real Academia de Ciencias Naturales, Físicas y Médicas de La Habana*, Editorial Academia, La Habana.
- MERCIER, PAUL (1977): *Historia de la antropología*, Ediciones Península, Barcelona.
- MESTRE, ANTONIO (1999): "La antropología en Cuba", *Catauro*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, (1): 9-156.
- _____ (1938): *Montané en nuestra antropología*, Imprenta y Librería La propagandista, S. A., La Habana.
- MONTANE, LUIS (1908): *L'homme de Sancti Spiritus*, Imprimerie de Mónaco, Mónaco.
- ORTIZ, FERNANDO (1922): *Historia de la arqueología indocubana*, Imprenta El Siglo XX, La Habana.
- PANE, FRAY RAMÓN (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- POEY, ANDRÉS (1853): "Antiquities of Cuba, A brief description of some relics found in the Islan of Cuba", *American Ethnological Society* I(3): 185-202, New York.
- PRUNA, P. (2001): *Ciencia y científicos en Cuba colonial. La Real Academia de Ciencias de La Habana. 1861-1898*, Editorial Academia, La Habana.

- PUIG-SAMPER, M. A. Y A. GALERA (1983): *La antropología española del siglo XIX*, Instituto de Arnau de Vilanova, Madrid.
- RIVERO DE LA CALLE, MANUEL (1966): *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, [s.e], La Habana.
- _____ (1980): "Aportes de Fermín Valdés Domínguez a la espeleología, arqueología y antropología cubanas", *Revista Santiago*, (38-39): 91-108.
- _____ Y M. A. PUIG-SAMPER (1992): "Aportes de Miguel Rodríguez Ferrer a la antropología cubana", *Revista de Indias*. Madrid, (19): 195-201.
- RODRÍGUEZ FERRER, MIGUEL (1879): *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*, Imprenta de Nogra, Madrid.
- SACO, JOSÉ ANTONIO (1858): "Arqueología Cubana", *Colección de Papeles Científicos, históricos, políticos y de otros ramos*, p. 408, Imprenta de D' aubusson y Kugelmann, París.
- SEGRO, RIGOBERTO (2000): *De Compostela a Espada. Vicisitudes de la iglesia católica en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- STEPHENS, JOHN (1984): *Viajes a Yucatán*, Editorial Dante, S.A., México.
- TABÍO, ERNESTO Y REY ESTRELLA (1966): *Prehistoria de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- TORRIENTE, ZOE (1974): *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, Índice analítico*, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- VALDÉS, SERGIO (2000): *Antropología lingüística*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana.

Fuentes periódicas

- ANALES DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS, FÍSICAS Y NATURALES DE LA HABANA (1874-1910).
- BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA (1879-1885).
- REVISTA DE CUBA (1880-1884).